

La Cruz Roja, la Media Luna Roja y las comunidades vulnerables

MÁS SOLIDARIDAD PARA UN DESARROLLO MÁS HUMANO

«Unir a todas las Cruces Rojas del mundo en un esfuerzo sistemático para prevenir, disminuir y paliar las miserias causadas por la enfermedad y las grandes catástrofes y socorrer a sus víctimas». Ese fue el primer objetivo de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (actualmente Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja), cuyo 75º aniversario acabamos de celebrar. Recordemos que su fundación respondió a la voluntad de varios dirigentes de Sociedades Nacionales y de personalidades del mundo médico, imbuidos del ideal wilsoniano, de proponer a las Sociedades del mundo entero programas de actividad en interés de la humanidad, de armonizar sus esfuerzos contra las calamidades de aquel tiempo.

Suscitar y desarrollar así la solidaridad entre las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja debía contribuir a instaurar un clima favorable para la paz mediante una mejor comprensión internacional.

*Desafortunadamente, fue necesario que estallara una guerra mundial, con millones de muertos, para que el concepto de solidaridad se impusiera en la opinión pública, para que todos los pueblos se sintieran concernidos por la lucha contra todas las fuentes de sufrimiento, para que las Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja se dieran cuenta de que no eran más que **una** Sociedad al servicio de la humanidad que sufre.*

Es cierto que los pueblos no se unieron, pero las Sociedades Nacionales se reunieron en un mismo espíritu: luchar contra la enfermedad, mejorar el bienestar de los pueblos. A partir de 1919, fueron innumerables las manifestaciones de solidaridad internacional en las que las Sociedades Nacionales, la Liga y el CICR participaron, principalmente en la lucha contra el tifus en Europa central y la hambruna en la Rusia soviética, así como en la asistencia a los incontables emigrantes y personas desplazadas que erraban de un país a otro tras el cataclismo de 1914-1918.

La solidaridad de la Cruz Roja se convirtió progresivamente en una constante de las actividades de la Federación; salió a relucir en el ámbito de los socorros en caso de catástrofe natural, en los programas médicos y sociales, primero curativos y después preventivos; ilustró los esfuerzos pioneros de las Sociedades Nacionales en la protección materno-infantil, la formación de enfermeras, la enseñanza de los primeros auxilios, etc.

Al crear la Liga, «tribuna del mundo entero» destinada a unir a los pueblos de la tierra, Henry P. Davison y sus discípulos, que se consideraban «ciudadanos del mundo», deseaban también derribar las barreras nacionales y luchar contra las desigualdades económicas y sociales. Era, sin duda, un propósito ambicioso, pero dejó huellas profundas, en la medida en que incitó a la Federación a promover estrategias orientadas al desarrollo de las Sociedades Nacionales con el fin de ayudarlas a emprender programas comunitarios en favor de un número cada vez mayor de grupos llamados vulnerables.

*Dedicando este número de la **Revista** a «La Cruz Roja, la Media Luna Roja y las comunidades vulnerables», el CICR desea rendir homenaje a la Federación por la labor realizada hasta la fecha y aportar su contribución al estudio del fenómeno de la vulnerabilidad, que concierne a todo el Movimiento.*

«Mejorar la condición de los más vulnerables» es el objetivo prioritario que la Federación se ha asignado para los años noventa. Nos es grato ceder la palabra a los dirigentes de la Federación y de Sociedades Nacionales para que comenten lo que está en juego.

Asimismo, expertos, teóricos y prácticos, así como investigadores pertenecientes no sólo al Movimiento, sino también al sistema de las Naciones Unidas, a organizaciones no gubernamentales y a otros institutos de investigación, han tenido a bien contribuir en estas páginas a delimitar mejor el concepto de vulnerabilidad, habida cuenta de los cambios brutales de nuestras sociedades y de las nuevas formas de violencia, y mostrar, basándose en el estudio de casos, cómo los organismos humanitarios, y particularmente el Movimiento, pueden contribuir a mejorar la condición de los grupos vulnerables. Tan cierto es esto que el fin último es lograr lo que actualmente se tiende a llamar «el desarrollo humano», es decir, garantizar la plenitud del individuo bajo todas sus formas y el respeto de su dignidad.

* * *

El concepto de vulnerabilidad es tanto más difícil de comprender cuanto que es evolutivo y está estrechamente vinculado a los cambios

políticos, económicos y sociales. La vulnerabilidad se inscribe más allá de la pobreza y abarca riesgos que se han recrudecido en estos últimos años con la proliferación de la violencia bajo todas sus formas, la crisis económica mundial y la degradación del medio ambiente. A los grupos vulnerables «clásicos» —mujeres, niños, refugiados y personas desplazadas afectadas por un conflicto armado o una catástrofe natural, víctimas de enfermedades infecciosas o de la hambruna— se han unido nuevas categorías de personas vulnerables que sufren debido a la disfunción de nuestra sociedad, que propulsa a los jóvenes a la calle y a la droga, que segrega a excluidos y a marginales.

El tratamiento de las causas de la vulnerabilidad se integra, naturalmente, en las actividades de desarrollo emprendidas para garantizar un nivel de vida más elevado, una mayor igualdad de oportunidades y el disfrute de los derechos fundamentales del hombre.

Ahora bien, en un contexto internacional de una inusitada inestabilidad, marcado por una grave inadecuación entre las necesidades y los recursos, así como por tendencias contradictorias, que van, por una parte, en el sentido de una aceleración de la integración mundial y, por otra, de rupturas y fragmentaciones cada vez mayores, está en tela de juicio la concepción del desarrollo en vigor durante la década 1970-1980.

En efecto, durante mucho tiempo se creyó que el crecimiento económico y la evolución tecnológica podían garantizar un desarrollo armonioso; se olvidaba que una rápida modernización podía engendrar, al igual que los períodos de marasmo, pobreza y exclusión y provocar la degradación del medio ambiente. Asimismo, no se tuvo demasiado a menudo en cuenta —o no se quiso tener— que la asistencia directa, desenfrenada en muchos casos y demasiado manipulada por los medios informativos, no era una panacea y que podía ser contraproducente, pues se corría el riesgo de mantener un estado de dependencia de los beneficiarios. Esta situación, muy perjudicial para su dignidad, es frecuente en los campamentos de refugiados.

Actualmente se reconoce —y los artículos subsiguientes lo muestran claramente— que el mejoramiento de la condición de los grupos vulnerables solo puede lograrse con la participación de los interesados. Es necesario que descubran de nuevo y exploten la propia capacidad para superar sus problemas, de manera que los organismos humanitarios solo intervengan para ayudarles en su desarrollo. Cabe destacar al respecto, los positivos resultados obtenidos en algunos países por grupos de refugiados que tomaron la iniciativa de planificar su regreso al país de origen y de organizar su reinserción social, con el apoyo de organizaciones no gubernamentales, en estrecha colaboración con las comunidades locales concernidas.

Asimismo, los sistemas sanitarios instaurados en África, por ejemplo, para luchar contra las enfermedades infecciosas deben tener imperativamente en cuenta las condiciones locales, y la asistencia técnica exterior debe favorecer una colaboración equitativa con las comunidades concernidas, animándolas a participar en el establecimiento de medidas tanto curativas como preventivas.

Por su parte, cuando el CICR presta asistencia médica en situaciones conflictivas, tiene por norma realzar el cometido preponderante que las instituciones y las comunidades locales pueden desempeñar en la gestión de esas situaciones, y sólo interviene para respaldarlos y no para sustituirlos.

*Los ejemplos expuestos en estas páginas de la **Revista**, ya sean de niños desamparados, de víctimas de la droga o de «pobres entre los más pobres», muestran en qué medida la familia —sobre todo la madre—, los parientes, los colegas y amigos, los vecinos pueden intervenir eficazmente para activar el espíritu de solidaridad para con esos grupos particularmente vulnerables y ayudarles a mejorar su condición. Basta a veces entablar el diálogo, estar simplemente a la escucha de los más desfavorecidos y ayudarles a expresarse. «La miseria es una fortaleza sin puente levadizo», dijo Albert Camus: por lo tanto, han de establecerse puentes para que los más pobres vuelvan a ser ciudadanos de pleno derecho y puedan ejercer sus derechos.*

* * *

La disminución de los casos de vulnerabilidad y el mejoramiento de la condición de quienes sufren pasan por una concepción más humana del desarrollo, en que la dimensión social deberá reequilibrar los factores propiamente políticos y económicos. Esta responsabilidad recae, en primer lugar, en los Gobiernos y las organizaciones internacionales concernidas.

La Cruz Roja y la Media Luna Roja tienen bazas que pueden hacer valer para desempeñar el papel de catalizador y de coordinador. Disponen de un gran potencial de voluntarios particularmente aptos para escuchar a los grupos vulnerables y asociarlos a la evaluación de las necesidades y de las prioridades, así como a la elaboración y ejecución de planes de acción. Más aún, son, a todos los niveles, las cajas de resonancia de la solidaridad, que afirma la dignidad del hombre desarrollando su sentido de responsabilidad.

Cornelio Sommaruga
Presidente
Comité Internacional
de la Cruz Roja